Dejé a Thomas al día siguiente de cumplir treinta años.

Con el corazón dividido en dos. Como siempre.

Puedo multiplicarme. La cuestión no es ésta.
Hay mucho amor en mí.

Pero no puedo dividirme. Y no me gustaba su
manera de mirarte. Su manera de no mirarte.

En el piso de la calle de Jules-Bourdais hay un largo pasillo con parqué. Nuestra habitación está a la derecha. La de los papás a la izquierda. Entre las dos, un armario empotrado. Un día encerraste en él a Mamá. La manija exterior de la puerta se había caído, en el interior no había manija. Mamá mantuvo la calma. Consiguió salir gracias a una lima de uñas que encontró en el bolsillo de un traje de Papá. No dejé de hablarte a través de la puerta. Pero de todas formas lloraste mucho.

En el salón hay un sofá azul de terciopelo con flecos. Allí me tomo el biberón de chocolate con leche el domingo por la tarde, cuando volvemos del picnic en Chantilly. Más tarde él irá a la avenida Wagram, y yo, sentada en el sofá, veré *Barrio Sésamo* cuando me toque la semana de tele en blanco y negro y a ti la semana de tele en color. Porque, evidentemente, cuando Papá compre la tele nueva, con mando a distancia, los dos querremos ver en ella nuestros programas favoritos. Papá zanjará la cuestión. Una

semana cada uno. Una semana *Cifras y letras* en color para ti. Una semana en blanco y negro. Una semana *Barrio Sésamo* en color para mí. Una semana en blanco y negro.

Papá nos inculcó muy pronto el sentido de la justicia. Nunca habrá celos entre nosotros.

La cocina de la calle Jules-Bourdais da al patio. Hay un descansillo y una escalera de hierro. Mamá arroja monedas de cinco francos envueltas en papel de aluminio cuando el organillero pasa por nuestra casa.

A mí no me gustan los *petits suisses*. Tú adoras los yogures.

El domingo por la mañana despertamos a los papás y «hacemos el cafre» sobre su cama. Significa que hacemos el loco. Mamá lo llama «hacer el cafre». Tú te ríes a carcajadas mientras me persigues a gatas, y me encanta cuando te ríes. Hay una foto nuestra que lo atestigua. Tal vez por eso me acuerdo tan bien. Porque no tendré más de dos años.

Tu cama está en diagonal a la mía. Me gusta pasarme a ella y dormir contigo. La sensación de quietud, de seguridad, que experimento cuando estamos pegados el uno al otro me acompañará durante largos años. Tendida a tu lado, me parecía que nada podía ocurrirme. Ya podía hacerse de noche, que no corría ningún riesgo, porque tú estabas allí.

No me gustó la época en que cada uno tuvo su habitación.

En tu mesilla de noche, el tocadiscos naranja vomita a Claude François y Joe Dassin.

Ya estamos acostados cuando Papá vuelve de la oficina. Pero aún seguimos despiertos. Lo esperamos para escuchar un cuento. *Caperucita Roja*, *Ricitos de Oro*, *Tinouf*. Nos los sabemos todos de memoria. Aunque no los lea e introduzca cambios cada noche, conocemos hasta la menor variante. Tú tienes una vocecita muy aguda y gritas las palabras adecuadas cuando Papá se desvía de la versión de la víspera. «¡El lobo, el lobo, el lobo!» Nos encanta cuando el lobo devora a la abuelita. Yo repito todo lo que dices. «¡El lobo, el lobo, el lobo!»

«¡El lobo, el lobo, el lobo!» Papá hace chitón al cerrar de nuevo la puerta. Pero detrás de su dedo, sonrío.

Tinouf crece de golpe durante la noche. Al día siguiente ninguno de sus trajes le sirve y su madre tiene que comprarle otros. Entonces lo lleva al CCC, en el bulevar Haussmann. Cada vez que pasamos por delante en coche con Papá y Mamá, pegas la cara a la ventanilla y gritas: «¡Es la casa de Tinouf, es la casa de Tinouf!».

Haces los deberes en el secreter del salón. Mamá te grita. Mamá llora. No sé por qué. Creo que dice que no lo consigues. ¿Qué es lo que no consigues? Pareces tan aplicado... tan concienzudo... Estás tan guapo...

No te veo en la escuela Bernard-Palissy. Y sin embargo tuvimos que estar en la misma clase durante un curso por lo menos. En fin, en la misma aula, tú en quinto de primaria y yo en tercero. Llevabas algo de retraso. En medio, también geográficamente, cuarto de primaria. Una proeza de la señorita Rivailié. Una escuela a la antigua, como en el campo. Tres niveles a la vez. Y yo que me tengo que subir a la tarima cada vez que Mamá me hace un vestido nuevo. Porque Mamá es modista y siempre voy vestida como una niña modelo.

No sé si eso me gusta. Subir a la tarima. Sin embargo, tal vez sobre esas tablas nacieron mi sentido de la representación y mi capacidad para interpretar papeles.

Mi mejor amigo se llama Mathieu. Es muy rubio, muy pijo. Chaleco verde abeto y bermudas azul marino o de cuadros escoceses. Vive justo enfrente de la escuela. A mí me parece que tiene suerte, porque va y vuelve solo. Como una persona mayor. Tiene una hermanita que se llama Juliette y que se come a su hermano con los ojos. Lo encuentro normal. También yo me como a mi hermano con los ojos.

¿Qué día de la semana vamos al logopeda? Ya no lo sé. Pero creo que es en el Trocadéro. Y yo aún no voy a la escuela Bernard-Palissy. Hay una amplia sala de espera, con una gran mesa baja en el centro. Me meto debajo mientras tú estás en la consulta de la señorita Cognani. Me gusta mucho tener algo por encima de la cabeza. Como a los gatos. No sé por qué estamos allí. Mamá dice que aprendes a hablar, lo que me parece raro, porque no tenemos dificultad en entendernos los dos.

Mamá es guapa. Qué guapa es. Muy morena. Los ojos muy negros, muy grandes. Me gusta su sonrisa. Cuando me sonrío, me acaricia. Tiene treinta y seis años. En todo caso, eso es lo que creo, y siempre le digo lo mismo: «Mamá, para mí siempre tendrás treinta y seis años». Cuando yo aún no había cumplido dos años, ella tenía treinta y seis. Algo debió de pasar en ese momento para que el tiempo se detuviera.

Vamos en bicicleta por el Bois de Boulogne. La tuya es blanca y grande. Yo aún llevo los ruedines. Vas detrás de mí y quieres adelantarme. Al hacerlo, te enganchas con mi manillar y caigo de cabeza. Volvemos a casa a toda prisa. No sé si estás triste por haberme hecho caer. Estoy tumbada en el asiento trasero del R16 de Papá. Digo que tengo un velo delante de los ojos. A Mamá le entra el pánico. Vamos al hospital. En la sala de espera, un enfermero me hace muecas cada vez que pasa por delante de mí. No tengo ganas de reír. Me duele la cabeza. Me hacen una radiografía del cráneo. No tengo nada. Al salir de urgencias, vomito. Regresamos al hospital. Vuelven a hacerme una radiografía. Sigo sin tener nada, un buen chichón a lo sumo. No sé dónde te has metido. ¿En casa de tita Binou y tito Gaby? No lo recuerdo. Pero ¿cómo han podido dejarte allí antes de ir al hospital? No; forzosamente estás con nosotros. Sin embargo, tengo un velo delante de los ojos. En la memoria.

No me has hecho caer adrede. No tiene nada que ver contigo. No creo que te riñeran.

Tú vas al hospital con mucha más frecuencia que yo. Y nunca te acompaño.

Cuando Papá y Mamá van al cine, piden a «Abuelita» Helme que venga a cuidarnos. No me cae bien. Es vieja y enorme. Huele mal. Para saber si dormimos, entra en nuestra habitación y enciende la luz. Eso nos despierta. No me cae bien.

Vive en una especie de buhardilla en el otro edificio de la calle Jules-Bourdais, en el séptimo piso. A veces me cuida allí, sin ti. Tal vez cuando Mamá no quiere llevarme contigo a casa de la señorita Cognani. O cuando Mamá y tú vais al hospital. No me gusta estar sola con Abuelita Helme. Los aseos están en el rellano. Cuando necesito ir al baño, viene conmigo y me sujeta en alto por encima del váter para que no toque la taza. Odio eso, lo odio, lo odio.

Nos mudamos. No muy lejos. La primera vez que Mamá nos lleva al piso nuevo, está completamente vacío y da la impresión de que es enorme. Es verdad si lo comparas con el de la calle Jules-Bourdais. Hacemos carreras por los largos pasillos que llevan a la cocina. Nos escondemos en los inmensos armarios empotrados. Cabemos de sobra. En el suelo, en el centro de una de las habitaciones, hay un gran teléfono negro, muy pesado, con montones de botones, un teléfono de médico. El que vivía allí antes debió de olvidarlo al marcharse. Me encantan los teléfonos. Nunca había visto ninguno como ése. Intento llamar a Giscard d'Estaing. Antes llamaba a Pompidou, pero ahora está muerto. Ese día nos reímos mucho y hacemos mucho ruido. Es un día en que Mamá está muy feliz.

Después vuelve el silencio. Me acerco a mi séptimo cumpleaños.

Ahora tengo mi propia habitación, rosa, con una bonita cama de chica mayor. Un gran escrito-

rio para hacer mis deberes, un gran armario. Tu cuarto es azul, y está al otro lado del piso, en el extremo opuesto al mío. Kilómetros de pasillo nos separan. Empiezo a echarle de menos.

También empiezo a tener mucho miedo en mi bonito dormitorio rosa. Sobre todo cuando, el sábado por la tarde, veo *Espacio: 1999* en la tele. En color o en blanco y negro, tanto da. Por la noche acecho los tentáculos de pulpos intersiderales inclinandome bruscamente para mirar debajo de la cama. Pero no me atrevo a levantarme para desalojar a los monstruos extraterrestres ocultos detrás de las cortinas. Detrás de las cortinas debe de estar el vacío cósmico.

Me he fabricado una pequeña linterna con una pila plana y una minúscula bombilla sujeta a los bornes con una goma. Leo a escondidas para retrasar el momento de dormir. Lo hago desde que tenemos cada uno nuestro cuarto. Papá ya no nos cuenta cuentos. Caperucita Roja, Ricitos de Oro y Tinouf también tienen cada uno su habitación, y estoy segura de que se aburren. Como yo. Mi pequeña linterna me tranquiliza, pero no eres tú. Como tampoco lo es la luz del pasillo que Mamá deja encendida hasta que me duerma y que Papá apaga después de darme el beso de buenas noches.

No volveremos a ver a Abuelita Helme. Tanto mejor. No me caía bien.

Mamá lava los platos en el fregadero. El agua corre suavemente y la espuma del lavavajillas se hincha cada vez más. Voy a soplar para que salga volando. Hay un cazo de leche al fuego.

Estoy de pie al lado de Mamá, pero soy demasiado bajita y no veo el fregadero. Sólo veo la ventana que hay encima, y el cielo y el perfil de Mamá. Y el montículo de espuma. Me habla. Como a una persona mayor, es lo que dice. Ahora ya tengo uso de razón. También dice que tú no eres como los otros niños, que estás enfermo y que necesitas que se ocupen más de ti. Yo creo que estás resfriado, como yo a veces, y que harán venir al doctor Viterbo, y él te curará. A mí me cura bien, aunque me niegue a quitarme los pantalones cuando quiere auscultarme. Eso le hace reír mucho. Así que no pasa nada.

—No pasa nada, ¿verdad, Mamá? No pasa nada. Se curará, ¿no?

¿Por qué ya no oigo correr el agua? ¿Por qué ya no oigo el ruido de la leche que hierve en el cazo?

Mamá me explica que no tienes un resfriado, sino una enfermedad que no se cura. Que siempre estarás igual, y que siempre nos necesitarás, mucho más que los otros niños, mucho más que yo. Que hay que ser muy amable contigo. Que habrá que cuidarte bien, siempre. Yo lo único que retengo es que no te curarás. Que, por tanto, no eres un héroe, mi héroe, mi hermano mayor que me da seguridad, que es digno de admiración, que me tranquiliza cuando tengo miedo de la oscuridad y de los pulpos marcianos. Mi héroe, en quien no he notado que las palabras chocan contra sus labios, en cuyo caótico caminar no he reparado, ni tampoco en los retrasos acumulados. No he visto nada de todo eso, nunca, cegada como estaba por una admiración inmensa. Mi hermano adorado. La espuma del lavavajillas se hunde bruscamente. La leche se ha derramado por el borde del cazo. Y yo estoy como ella. Quemada. Rebozada. Desbordada.

No es posible algo semejante. Mamá se equivoca. No puedo dejar de quererte. El mundo no puede derrumbarse así. ¿Por qué abrirme los ojos a todo eso?

No obstante, me veo obligada a admitir que las madres nunca se equivocan, puesto que a partir de ese momento pienso en la muerte casi todas las noches. Y en el fin del mundo. Aún ignoro que a eso se le llama angustia. Lo sabré mucho más tarde.

Pero ahí empieza. Cuando tus alas se rompen. Y mis sueños con ellas. Tengo visiones apocalípticas de la Tierra que explota. Y de la nada. Todo desaparece para siempre entre las llamas y el caos. Nadie ve nada. Me lo guardo todo para mí. Bien oculto. Y voy a tratar de ser muy afectuosa. No dejo de quererte. Al contrario.

Pero ya no es como antes.

Vamos a la escuela juntos. Tomamos la calle Gustave-Doré, pasamos frente a la casa de la señorita Cée, mi profesora de piano. Me gusta mucho ir a la escuela contigo. Como personas mayores. Con nuestras grandes mochilas al hombro. Charlamos tranquilamente. Nos reímos. Todavía te veo como a mi protector, pese a todo. Sin duda estoy aprendiendo a reprimir.

—¿Y cuánto son dos mil trescientos veinticuatro multiplicado por dos?

Reflexionas dos minutos sonriendo.

—Cuatro mil seiscientos cuarenta y ocho.

—¿Y...?

Doblamos la esquina del bulevar Pereire, delante del trenecito. Los niños que hacen *skating* en la plaza Eugène-Flachat atraen mi mirada. Hacen mucho ruido. No me gusta pasar por allí. Porque en la plaza Eugène-Flachat los chiquillos de la escuela, los que hacen *skating*, mayores que yo, menores que tú, se burlan señalándote con el

dedo y gritan: «Mira, ahí va el loco». Nos pegamos un poco más a la verja de la vía férrea.

—¿Y cuatro mil seiscientos cuarenta y ocho multiplicado por tres?

Podría preguntarte si sabes lo que es un loco. Porque para mí no significa gran cosa. Pero me doy perfecta cuenta de que es algo malo y que hace daño. También me doy cuenta de que los papeles están cambiando cuando crece en mi interior un odio feroz hacia aquellos críos. Y ese sorprendente rechazo aflorará en mí siempre que te sienta en peligro.

En la Bernard-Palissy sólo tienes una amiga. Se llama Léna. Su verdadero nombre es Héléne, pero nunca la llaman así. No le gusta. Nunca le gustará. Y para nosotros siempre será Léna, incluso hoy.

Ella jamás te tilda de loco como los niños de la plaza Eugène-Flachat. Os entendéis bien. También se hace amiga mía. Su madre se hace amiga de Mamá. Su padre, de Papá. Tiene una hermanita pequeña, Cécile, que tiene el pelo rubio y muy rizado. Con frecuencia está de morros en el cochecito. Sólo tú consigues hacerla sonreír. Cécile y yo nos volveremos inseparables, pero dentro de unos años. Ninguno de ellos parece pensar que no eres como los demás niños. Con ellos es como estar en casa.

Al volver de la escuela, jugamos al escondite con Léna detrás de las columnas de la calle Alfred-Roll.

Cécile es demasiado pequeña. Nos mira sentada en su cochecito de rayas azules y blancas. El miércoles por la tarde merendamos hasta reventar en la cocina de la avenida Wagram. Tú te echas seis terrones de azúcar en el Nesquik. Eso intriga mucho a Léna. Yo no soporto las migajas de pastel o de cruasán que flotan en mi tazón. También eso intriga mucho a Léna. Nos lo pasamos pipa. Celebramos todos los cumpleaños juntos.

Nunca nos hemos separado.

En casa, cuando hemos terminado los deberes, jugamos a la escuela. Nuestra clase está instalada en tu habitación, debajo de tu escritorio. Sigue gustándome tener algo por encima de la cabeza. Como a los gatos. Tú siempre eres el maestro, y los ositos de peluche y yo tus alumnos. Tenemos una pizarra de verdad con tizas de verdad, de todos los colores. Tú borras la pizarra con el dorso de la mano, que siempre está multicolor. Y tu ropa también. El osito amarillo de suéter verde es un negado y sueles gritarle. Como Mamá a ti. Conmigo, aparentemente, la cosa va bien. Nunca me castigas. Tengo la impresión de ser tu ojito derecho, y estoy encantada. De todas formas, si eres malo conmigo, como buena arpía que soy, se lo digo a Mamá y, por una vez, eres tú quien las pasa moradas. Todas las hermanas pequeñas son así, ¿no? Tú eres especialmente afectuoso como hermano. Nunca te chivas.

En casa estamos tranquilos. Todo va bien. Jugamos juntos con frecuencia. El domingo por la mañana esperamos a que Papá se levante para instalar el tren eléctrico en la mesa del comedor. Ni hablar de hacer ruido antes. A veces Papá conecta el magnetófono y nos graba. Yo «juego» a la locutora. Hago el loco. Canto. Desafino como un gallo. Tú hablas despacio, pausadamente. Buscas un poco las palabras. Con tu débil vocecita. Las palabras no te salen con naturalidad. Y te causan problemas.

Aporreas algunas notas en un piano pequeñito que tenemos. Tocas bien. Con un solo dedo. *Dans Paris, en vélo, on dépasse les autos. En vélo, dans Paris, on dépasse les taxis...* Tienes sentido del ritmo. Siempre te ha gustado la música.

Sin embargo, cuando Papá quiere enseñarte los rudimentos del piano, te encierras en ti mismo. Como si supieras que no conseguirás llegar más allá. Más allá de esa breve melodía aporreada con un solo dedo.